

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Julio Ortega: *Transatlantic Translations. Dialogues in Latin American Literature*. Translated by Philip Derbyshire. London: Reaktion Books 2006. 222 páginas.

‘Traducciones transatlánticas’ son, en este estudio de Julio Ortega, los procedimientos a través de los cuales, desde la conquista de América, lo que es percibido por la mirada europea como diferente se construye a partir de lo conocido, pero con el agregado de un plus que se evidencia en lo heteróclito de las apropiaciones, en los desplazamientos de códigos, en el libre uso de archivos, por parte de un sujeto nuevo, que se va configurando como tal en el curso de esos procedimientos mismos. A lo largo de ocho capítulos Ortega analiza diversas manifestaciones de ese proceso de traducción transatlántica, que propone como un modelo de explicación alternativa frente a los paradigmas de ‘victimización’ y ‘resistencia’ del sujeto colonizado, desplegados por el latinoamericanismo anglófono, sobre todo en su versión norteamericana, con el que el libro debate explícita y también implícitamente. El autor parte de sus trabajos previos sobre el discurso de la abundancia, proponiendo tres paradigmas –el de la abundancia, el de la carencia, y el de la potencialidad– como modelos discursivos que se elaboran en el curso de esos procesos de traducción, concebida aquí no en el sentido estricto de traducción interlingual, sino en el sentido amplio de traducción intercultural.

Ordenados cronológicamente según los temas, textos y épocas que analizan, esos ocho capítulos pueden leerse en su mayor parte con independencia unos de otros. Los títulos de cada capítulo generan

sin embargo la ilusión de una unidad y una progresión que no siempre se revela en el curso de la lectura con la claridad que los paratextos sugieren. El primer capítulo, “Speaking: *Calibán*”, lee la figura de Calibán como el colonizado que deviene sujeto a través del lenguaje del colonizador, como identidad que puede autoafirmarse gracias a su uso del lenguaje, aunque éste le sea ajeno. Para Ortega la relación Próspero-Calibán es de mutua dependencia. Debatiendo con Greenblatt, el autor observa que Calibán no sólo aprende a maldecir, sino también a utilizar el idioma del otro como instrumento con el que construir su doble herencia colonial.

En el capítulo que sigue, “Reading: *The children of the Letter*”, centrado en la figura del Inca Garcilaso, Ortega sostiene, contra el discurso de ‘victimización’ del indígena elaborado por cierta crítica latinoamericanista, que el quechua y el español no son alternativas excluyentes, sino modelos que se superimprimen en el horizonte comunicativo de una sociedad plurilingüe: según esta lectura, la lengua española no habría reemplazado ni borrado el mundo quechua o aymara, sino que lo habría leído en toda su abundancia y habría contribuido, al traducirlo, a su perduración. Sin el español, observa Ortega, la cultura quechua habría sido aniquilada por la violencia colonial; sin el quechua, el español no habría podido servir de base a una civilización nueva, que refractaba la identidad hispánica a través de la otredad andina. En este proceso, los nativos devinieron, según Ortega, sujetos capaces de formas de traducción que legitimarían su lugar en el Nuevo Mundo, y con ello la producción de una escritura propia.

El tercer capítulo, “Writing: *The Alphabet of Abundance*”, gira en torno al

proyecto de escritura de Guamán Poma, en el que Ortega lee la intención de reestablecer el orden de los saberes heredados e incrementarlos incorporando nuevos saberes. Esto sólo es posible, observa el autor, dentro del sistema colonial vigente, es decir, en la lengua española, que, al recibir el impacto de la oralidad quechua, se convierte, a través de la pluma de Guamán, en instrumento de crítica y denuncia. El cuarto capítulo, “Translating: *The Transatlantic Subject*”, llega a la conclusión, retomando lecturas previas sobre el Inca Garcilaso y Guamán Poma, de que el gesto que define al sujeto imaginario americano es la traducción de una lengua a la otra, de una cultura a la otra, de un mundo al otro mundo.

La coherencia de los cuatro primeros capítulos, centrados en el mundo andino y articulados explícitamente entre sí, no es tan evidente en los que siguen. En “Drawing: *The Wonders of the Caribbean*” Ortega pasa del escenario peruano al Caribe. A diferencia del ámbito andino, donde el problema de la representación colonial residía en conciliar la memoria cultural indígena con el presente de la conquista, la representación colonial del Caribe, dice Ortega, tenía que procesar un mundo en constante transformación, generándose allí una tensión entre modelos y técnicas clásicas de representación, y nuevos objetos, caracterizados por su carácter hiperbólico. Ortega elige como ejemplo de traducción transatlántica en el Caribe la *Histoire Naturelle des Indes*, una colección de 199 ilustraciones de escenas de la vida cotidiana de los indios, de animales y plantas de las islas, acompañadas de breves comentarios en francés, que data posiblemente de la última década del siglo XVI y es conocida como *Drake Manuscript*. Inexplicable y lamentablemente, el libro no reproduce ninguna de las ilustraciones que Ortega describe e interpreta leyendo

en ellas la representación de la vida cotidiana de los indios como un mundo autosuficiente, en el que las labores de los nativos propenden al bien común, y de la que se suprime estratégicamente el contexto colonial, subrayando en cambio la representación de una utopía pragmática basada en la integración de lo diferente. La tesis de Ortega es que estas ilustraciones ponen en escena el hecho de que, a pesar de las imposiciones y restricciones coloniales, la población colonizada en la América española hizo de la combinación y la mezcla su realidad contemporánea.

El sexto capítulo, “Representing: *The Language of National Formation*”, se centra en el siglo XIX. Ortega presenta primero algunos modelos discursivos de la abundancia (Andrés Bello, José Martí, Ignacio Altamirano) y de la carencia (José Hernández, Esteban Echeverría), a través de los cuales América y las naciones americanas fueron representadas en esa época; reflexiona luego sobre la cuestión de los géneros literarios, sosteniendo que para organizar los diversos materiales y voces que deseaban articular, los autores privilegiaban dos soluciones genéricas diferentes: el cuento (Esteban Echeverría) y la crónica ficcional o seriada (Ricardo Palma), entre otros —no necesariamente la novela o el romance, como sostiene Sommer—. Ortega observa que Echeverría o Hernández dan cuenta de la formación de la nación en el acto mismo de reformular en sus obras los géneros literarios, subrayando así la doble articulación entre la formación de la nacionalidad y la formación de los géneros en busca de una solución a los problemas artísticos dentro de la cultura hispanoamericana. Al pasar revista a las reflexiones sobre el lenguaje de la nación desde Bello hasta el modernismo, Ortega muestra nuevamente cómo el mecanismo más característico de la formación cultural hispanoamericana es la reapropiación y re-

codificación de signos y su incorporación a órdenes nuevos y heteróclitos —justamente lo que el título del libro llama “traducciones transatlánticas”—.

Los dos últimos capítulos (“Judging: *The Paternal Desert*” y “Interpreting: *The Authority of Reading*”) están dedicados, respectivamente, a *Pedro Páramo* y a *De amor y otros demonios*. El libro propone una reconstrucción de la historia cultural del sujeto hispanoamericano a partir de los mecanismos que lo constituyen e identifican en el cruce entre la mirada europea y el testimonio de los americanos mismos. Ortega observa que si bien los nativos son percibidos desde el comienzo de la conquista a través de los repertorios de interpretación y los esquemas de clasificación europeos, desde un primer momento también empezó a constituirse una nueva subjetividad a través de la apropiación de la lengua colonial, del aprendizaje de la lectura, del uso de la escritura alfabética —en procesos de traducción cultural a través de los cuales la diferencia americana transformó creativamente los modelos coloniales—.

Andrea Pagni

Fernando Aínsa: *Del topos al logos. Propuestas de geopoética*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Veruert (La crítica practicante. Ensayos latinoamericanos, 2) 2006. 304 páginas.

¿Qué papel desempeña la espacialidad en el género literario narrativo y qué papel tiene en un género basado en el arte de la temporalidad? Más allá aún: ¿hasta qué punto es posible extraer consecuencias para una identidad latinoamericana específica del contexto espacial de las novelas latinoamericanas? A través de estas dos

preguntas uno puede aproximarse al centro de las investigaciones del profesor de literatura y escritor uruguayo Fernando Aínsa. Es evidente que en el contexto de la posmodernidad no es necesario dar repuestas definitivas y universales, pero el enfoque de Aínsa es sin duda revelador e instructivo, pues permite al lector acercarse al centro de la investigación geopoética a través de los tres componentes que la determinan: el espacio, la literatura y la identidad.

Ya desde la aparición de su primera obra orientada en esta dirección, *Los buscadores de la utopía*, Aínsa se ocupa del significado del espacio en todas sus facetas, tanto para la identidad latinoamericana en general como para la narrativa latinoamericana en concreto. Basado en este trabajo, publica en 1986 *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* y en 1999, *La reconstrucción de la utopía*, donde el significado del espacio como fuente de la identidad latinoamericana va ganando cada vez más importancia. En esta dirección se enmarca igualmente la selección de ensayos aparecida en 2006 bajo el título *Del topos al logos. Propuestas de geopoética*. El compendio de artículos se incorpora por tanto sin ruptura en las investigaciones espaciales de Aínsa, y se puede entender como un compendio estructurado de los diferentes ensayos escritos por Aínsa en relación con el significado del espacio para la literatura de los últimos años.

El título hace referencia al proceso de cambio que se experimenta al pasar de considerar el espacio como una simple categoría topográfica del contexto y otorgarle un papel de creador de significado. Este proceso ilustra la tesis básica de Aínsa de que el espacio, en sí, es en principio sólo un vacío que se va llenando de posibles significados a través de las prácticas culturales como, por ejemplo, la literatura.

La obra está estructurada en tres partes: “Espacios inéditos”, “Ciudades” y “Fronteras”. En las tres partes el autor opera del mismo modo: sistemáticamente y a través de subcapítulos claramente categorizados procede a enfocar la cuestión desde un planteamiento general del espacio en la literatura a un planteamiento específico de la singularidad latinoamericana, especificando en cada momento el concepto de espacio al que hace referencia. Todo el proceso va siendo enriquecido a través de definiciones fundamentales, por ejemplo convenciones en torno al concepto de espacio o de frontera, que Aínsa ilustra por medio de ejemplos de obras concretas.

Durante toda la obra, el autor da prioridad en sus reflexiones al significado específico del continente latinoamericano como superficie donde se proyectan los diferentes mundos, y de este modo consigue delimitar eficazmente el tema de la búsqueda de una identidad específica latinoamericana, de una *latinoamericanidad*. En la obra alcanza especificidad concreta la topografía latinoamericana, como la jungla, el Amazonas, las ciudades, los jardines, las fronteras, categorías de tópicos literarios, a través de los cuales y gracias a su clara estructuración articula el autor su canon de una geopoética literaria latinoamericana de un modo convincente y persuasivo. Por medio de este recurso, Aínsa consigue presentar una impresionante visión general de las literaturas latinoamericanas del siglo xx hasta nuestros días, si bien a través de un análisis en parte excesivamente profundo y ambicioso del panorama narrativo, donde a veces los ejemplos ilustrativos se reducen a listados de obras citadas demasiado brevemente. Por otro lado, el hecho de sólo citar brevemente estas obras, despierta en el lector la posibilidad de continuar la lectura de modo autónomo, y le otorga la ventaja de no

verse enfrentado a detalles concretos que perjudicarían el interés de Aínsa por destacar la percepción espacial.

Los ensayos son de lectura amena, transmiten la impresión de que Fernando Aínsa ha hecho suya la máxima de Roland Barthes de disfrutar con el texto, y debido a ello, su objeto de estudio literario es presentado de forma clara, si bien por medio de un brillante y ambicioso lenguaje literario. El trabajo de Aínsa constituye una valiosa fuente de información para todo aquel que quiera profundizar de modo científico en la construcción de la identidad latinoamericana, también en las nuevas tendencias de los *spatial turns* de la literatura. Paralelamente, la lectura de esta obra es una gran oportunidad para todos los lectores no versados en la materia de acercarse al campo de la geopolítica de un modo grato e instructivo, pues los ensayos no requieren de grandes conocimientos previos sobre el tema.

Laila Nissen

Aníbal González: *A Companion to Spanish American Modernismo*. Woodbridge: Tamesis (Serie A: Monografías, 240) 2007. 150 páginas.

José Ismael Gutiérrez: *Perspectivas sobre el modernismo hispanoamericano*. Madrid: Pliegos (Pliegos de ensayo) 2007. 461 páginas.

Los títulos de los dos libros indican que la meta de ambos consiste primordialmente en presentar una mirada amplia hacia el modernismo como movimiento literario que tuvo representantes en casi toda la América hispana. Además, los dos estudios comparten el interés por indagar en la amplia y a veces contradictoria gama

de textos, textualidades o géneros literarios de los cuales se valieron los autores alrededor de 1900 para encontrar su sitio en el mundo moderno.

Aníbal González se dirige, acorde con los objetivos de la “Tamesis Companion Series”, a un público de estudiantes que demandan una introducción fiable, pero no demasiado exigente. En este contexto sorprende que el catedrático de Yale University haya elegido una presentación fuera de lo común. En vez de proceder cronológicamente, o bien con énfasis en ciertos autores o países, González subdivide su libro y, por consiguiente, el modernismo, en géneros literarios: crónica, cuento, ensayo, novela y poesía. De esa forma, el autor de dos monografías sobre la novela y la crónica modernistas relega a un segundo o, incluso, a un tercer plano la lírica, antaño tomada como centro y ápice de la producción de los modernistas. El argumento, aducido en el caso de las crónicas, que éstas “account for more than two-thirds of the *modernistas*’ published writings” (p. 24), puede ser tomado como dato meramente cuantitativo. Dentro del marco conceptual de González, sin embargo, la cantidad adquiere también un valor explicativo o cualitativo. Para él, la escritura modernista se encuentra en la encrucijada entre tres discursos dominantes: el filológico, el periodístico y el literario, de cuya mezcla y mutua interferencia depende la elección, o mejor la construcción de los diversos géneros. La crónica modernista, como género híbrido *sui generis*, tiene que ocupar, pues, la posición central de las producciones textuales, y de ella se derivarían, por lo tanto, las demás formas. En el caso de los cuentos habla decididamente de “by-products” (p. 53) de la crónica.

Las hipótesis de González y la misma disposición del libro en sí son, seguramente, polémicas y sugerentes a la par

dentro del debate acerca del modernismo. Queda, sin embargo, la pregunta de si una introducción al modernismo para estudiantes y el público interesado es el lugar adecuado para llevar a cabo esa reinterpretación. Para el hispanista que procura que sus estudiantes lean los textos literarios en la lengua original, se suma a esto cierto disgusto al ver que todas las citas se dan en inglés, aun cuando se trata de poemas como el nocturno “Una noche” de Silva con su estructura rítmica singular. Cierta disgusto causa, además, una que otra referencia bibliográfica comentada al final de los capítulos (“Further Reading”), especialmente cuando González reclama para sí mismo no solamente la primacía en el estudio de la crónica y la novela del modernismo, sino, en el caso de la novela, también la exclusividad (“and, so far, the only”, p. 108). Puede que no le hayan gustado estudios como los de Rosario Peñaranda Medina o Dolores Philipps-López (el de Klaus Meyer-Minnemann lo menciona como no centrado exclusivamente en el modernismo) y por eso no los recomienda, pero el comentario auto-elogioso es absolutamente superfluo.

José Ismael Gutiérrez, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, rehúsa de manera explícita “recomponer un mapa exhaustivo de la producción textual del modernismo” (p. 18), para dedicarse a la tarea de explorar “un repertorio heterogéneo de discursos” (p. 18), lo que significa dejar de lado un poco las cimas de la poesía para indagar en los márgenes, tan importante para comprender el conjunto, y en lo híbrido que forma parte del legado del modernismo. Coincide, pues, plenamente con González en la valoración de la crónica. Su primer capítulo en forma de ensayo de unas 100 páginas afirma que la “indiferenciación [...] de la esfera de lo factual y la esfera estética” (p. 104) se plasma como seña de identidad no sola-

mente del género de la crónica (modernista), sino de la posición del autor modernista en los tiempos –modernos– que le tocó vivir. Siguen las coincidencias con González en la medida en que Gutiérrez corrobora el papel destacado que desempeñan las publicaciones periódicas y las labores periodísticas para los autores modernistas, y no solamente con respecto al oficio de cronista, sino también para el campo de la recepción (en forma de traducciones), la adaptación y la transformación de la literatura europea en el contexto latinoamericano (cap. 2). En el capítulo cinco, finalmente, que habla de la crítica literaria en la *Revista de América*, aparecen en Gutiérrez asomos de lo que González llama el discurso filológico, pero que aquí se destaca por ser una síntesis integradora o “confluencia de estéticas en litigio” (p. 308), donde lo heterogéneo no se excluye y donde se busca lo diferente. Los capítulos tres, cuatro y seis están dedicados a estudios de determinados autores: José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera y Ricardo Jaimes Freyre, respectivamente. Pero de nuevo comprobamos la tendencia hacia los márgenes en José Ismael Gutiérrez. De Martí estudia la traducción de unos cuentos para niños, y en Gutiérrez Nájera, ahí sí, la poesía, pero bajo la perspectiva de la pregunta por la transición entre el romanticismo y el modernismo. El boliviano-argentino Jaimes Freyre sirve como uno de los pocos ejemplos en los que el modernismo asume la cuestión indígena, o sea, lo marginal, lo minoritario, aunque sólo sea en algún que otro cuento. El último capítulo versa, finalmente, sobre Salomé como uno de los motivos preferidos de la estética decadentista y modernista.

El libro de Gutiérrez, tal como lo promete, recorre realmente los márgenes del fenómeno del modernismo hispanoamericano. En este recorrido, sin embargo, y

gracias al vasto conocimiento que explaya el autor y a las informaciones detalladas que da, la perspectiva de los márgenes siempre se retroalimenta con aspectos centrales del movimiento. A veces, Gutiérrez exagera los rodeos alrededor de los temas que se propuso, a veces empieza de muy lejos y se demora para llegar al punto, pero, quizá gracias a su estilo ameno y seguro, casi nunca surge el peligro real de que se pierda en asuntos insignificantes.

Para terminar, una referencia a otra publicación importante sobre el modernismo. En 2006 Juana Martínez Gómez coordinó la extensa sección “*Cantos de vida y esperanza (1905-2005)*” de la revista *Anales de Literatura Hispanoamericana* 35 (2006), ya disponible en la página web de la revista, con una docena de artículos sobre distintos aspectos de la obra de Darío. En el mismo número de la revista se encuentra, además, una sección “Miscelánea” con otros tres artículos sobre el colombiano Guillermo Valencia, el hondureño Froylán Turcios y una comparación entre los procesos literarios transnacionales en el modernismo y el *boom*. En el número 36 (2007) de la revista, finalmente, se publicó una especie de anexo a la sección monográfica con dos estudios sobre la recepción de Darío y una carta, hasta el momento desconocida, del nicaragüense.

Hubert Pöppel

Frank Leinen/Guido Rings (eds.): *Bilderwelten – Textwelten – Comicwelten. Romanistische Begegnungen mit der Neunten Kunst. München: Meidenbauer 2007. 388 páginas.*

Como subrayan los editores Frank Leinen y Guido Rings, el estudio del

cómic constituye, de manera ejemplar, un cruce interdisciplinario. De ello dan fe las diecisiete contribuciones del presente volumen. Redactadas en cuatro idiomas, abarcan diferentes ámbitos geográficos de las lenguas románicas, y se agrupan acertadamente en dos bloques: la representación de la sociedad y la experimentación estética e intermedial.

La mayoría de los artículos enfocan al cómic europeo en diferentes contextos históricos, con especial énfasis en su –declarada o no declarada– función ideológica. Albert Barrera-Vidal presenta los resultados de su estudio sobre la representación de la Edad Media en un amplio corpus de cómics franco-belgas. Sus conclusiones reflejan la variedad de subgéneros e intenciones, entre el relato historizador hasta la parodia y el compromiso político, y un interés general en los tiempos heroicos –heroizados– medievales.

Entre los estudios de caso figuran las “novelas gráficas” de Rodolphe Töpffer, uno de los pioneros del cómic en la primera mitad del siglo XIX. Mediante un análisis pormenorizado y complejo del humor y de las estrategias paródicas, Guido Rings lee la obra de Töpffer ante su contexto romántico y destaca una tendencia afirmativa de las normas burguesas. Otros artículos tratan ejemplos del siglo XX. Monica Boria estudia el cómic como arma política en el contexto del Movimiento del 77 italiano. Las sátiras de Paziienza, Tamburini y otros desempeñan un papel clave para la protesta estudiantil del momento, y a su vez expanden los modos expresivos del medio al integrar, por ejemplo, elementos de la cultura de consumo, del pop y del lenguaje popular. Ian Horton destaca los estereotipos colonialistas y orientalistas en diferentes *comic books* europeos contemporáneos, no sólo del *mainstream*, sino también en obras innovadoras como *Upon a Star* (Moebius) o *The League of Extraor-*

dinary Gentlemen (Moore). Por su parte, Oliver Emanuel estudia el retrato de los alemanes en *Mortadelo y Filemón*, la célebre serie del español Francisco Ibáñez, a lo largo de sus varias décadas de existencia. Es interesante ver cómo la representación del Otro –los estereotipos nazis– se van convirtiendo en modelo para la evocación del propio pasado franquista. El impacto de la obra de Ibáñez se refleja en otro trabajo que investiga la transposición del *Quijote* a la España del siglo XXI de *Mortadelo y Filemón*. María Noriega Sánchez y Alicia Peña Calvo ven en los continuos disfraces del personaje de Mortadelo una reminiscencia de lo carnavalesco en el *Quijote*. Las autoras añaden unas observaciones didácticas para la clase de E/LE a su análisis, llevando así el estudio del cómic a la práctica.

En un contexto autoritario o totalitario, el cómic (y sus autores), como medio de distribución amplia, se convierten en objeto de “depuración”: éste es el enfoque del estudio de Jessamy Harvey, quien analiza la producción y censura de tebeos en el primer franquismo, con especial énfasis en el subgénero del tebeo “maravilloso”, destinado a un público femenino. A diferencia de lo que se suele constatar comúnmente en cuanto a la censura franquista, Harvey demuestra que, durante la primera década franquista, el tebeo supo escapar al más riguroso control y mantener los códigos del género fantástico, mientras que, en los cincuenta, la organización censora contribuyó a la sustitución de lo mágico-folklorico por el elemento religioso. Joachim Sistig, al analizar los cómics juveniles de la Francia ocupada de 1940 a 1944, señala que la coyuntura bélica conllevó un doble proceso de adhesión y rebelión frente a los ocupantes alemanes, lo que se traduce en una correspondiente iconografía de los alemanes, los aliados y los judíos.

Argentina es el único país latinoamericano considerado en este volumen. Susanne Schütz analiza la figura del gaucho Inodoro Pereyra de Roberto Fontanarrosa como recuperación de una tradición nacional de historietas y contempla el desarrollo del personaje desde 1972. Ricardo Feierstein describe, en un estimulante recorrido por estereotipos de las historietas argentinas en el siglo xx, cómo se consolida el “héroe grupal”, en *El Eternauta* de Héctor Germán Oesterheld, como la expresión de la Argentina multicultural, que contrasta con la celebración excluyente de héroes individuales en otras obras. También Liliana Ruth Feierstein rinde homenaje a Oesterheld, víctima del ‘Proceso’ argentino, comparando su obra con la de Franz Kafka. Éste sirve a su vez como fuente de inspiración para la fascinante serie francesa *Julius Corentin Acquefacques, prisonnier des rêves* de Marc-Antoine Mathieu. En cinco entregas, una de las cuales se llama precisamente *Le processus*, el protagonista se encuentra en un vaivén entre diferentes realidades relativas y soñadas. Frank Leinen analiza los múltiples procedimientos metaficticiales e intertextuales, por medio de los cuales cualquier orden espacial y temporal se diluye.

El estudio de Leinen y los restantes artículos de la segunda parte enfocan la medialidad e intermedialidad del cómic, es decir, se centran en su estética, y no sorprende que allí predominen los cómics ‘de autor’ y para adultos. A manera de resumen, Hartmut Nonnenmacher demuestra en ejemplos españoles y franceses que la autorreferencialidad se ha convertido ya en una estrategia habitual del cómic contemporáneo. Marina Hertrampf enfoca las transgresiones entre fotografía, novela y cómic en seis textos. En este cruce trimedial, la autora cree observar la consolidación de un nuevo

subgénero, por lo que propone una propia terminología. Para el ámbito portugués, Dietmar Frenz describe la interrelación entre narración e imagen en la serie finisecular, distópica *As aventuras de Filipe Seems* de Gonçalves/Silva, que termina en la paulatina emancipación de las imágenes.

Ante tanta variedad de obras metaficticiales, autorreferenciales e intermediales, cabe preguntarse si semejante apertura de los medios expresivos no constituye más la regla que la excepción en el cómic finisecular. Con la perspectiva de tal “redescubrimiento” del género (p. 18), a veces se echa de menos una discusión más amplia de los efectos y funciones de las innovaciones formales.

Un lugar propio ocupa el artículo de Mechtild Bierbach, quien analiza, desde la lingüística, el carácter semiótico y la función comunicativa de las onomatopeyas, uno de los rasgos distintivos del género del cómic. Como demuestra la autora, la aparente banalidad del texto onomatopéyico genera un proceso comunicativo complejo, que requiere un lector activo e informado.

Al lector interesado se le brinda una interesante muestra del estudio del cómic europeo y argentino, y hay que destacar el rigor analítico del volumen. Es de agradecer que varios artículos no se limiten al estudio de caso, sino que ofrecen introducciones al *cómic-tebeo-bande dessinée-fumetto* en un determinado contexto histórico y geográfico de lenguas románicas. De modo que los “encuentros romanísticos con el noveno arte” abren un campo de estudio que seguramente dará lugar a próximas entregas.

Burkhard Pohl

Robert McKee Irwin: *Bandits, Captives, Heroines, and Saints. Cultural Icons of Mexico's Northwest Borderlands*. Minneapolis/London: University of Minnesota Press (Cultural Studies of the Americas Series, 20) 2007. XXVI, 331 páginas.

Estamos aquí ante una obra que destaca a diferentes niveles. Para empezar, el tema es fascinante y sumamente atractivo: los iconos culturales de finales del siglo XIX del noroeste de México, más precisamente Joaquín Murrieta, Lola Casanova, las heroínas de Guaymas, y la Santa de Cabora. El libro se divide en cinco capítulos: el primero establece el marco teórico, los otros cuatro giran alrededor de un icono, representativo de las cuatro categorías anunciadas en el título: bandidos, cautivos, heroínas y santos. En cuanto a la presentación del libro, cabe mencionar que las ilustraciones de los iconos estudiados, como las de Joaquín Murrieta (pp. 45-47) o de Lola Casanova (pp. 119, 130), por ejemplo, son muy instructivas, y completan la lectura de una manera amena. La bibliografía al final es realmente impresionante, y no sólo refleja el inmenso trabajo de investigación que ha hecho Irwin (hasta de periódicos de los siglos XIX y XX, tanto de México como de EE.UU.), sino que es, sin duda, una herramienta muy útil para cualquier persona interesada en estudios de la frontera.

Ya desde la introducción, el autor deja bien claro su punto de vista respecto a los estudios sobre la frontera entre México y EE.UU., los llamados *border studies*. Según Irwin, los estudios americanos enfocan demasiado el lado norteamericano de la frontera, es decir, el suroeste de los EE.UU. Los estudios mexicanos consideran la zona fronteriza como una cultura marginal frente a la cultura nacional, y ven al vecino del norte como el “otro”.

Los estudios latinoamericanos recientemente abrieron su campo hacia el suroeste de EE.UU. entrando en un diálogo directo con los estudios chicanos, y en este proceso dejaron de lado el norte de México. En todos los estudios sobre la frontera casi no se presta atención al lado sur de la misma, es decir, al norte de México, en particular a los estados del noroeste, Baja California, Sonora, y el oeste de Chihuahua: “a similar interest in the Mexican Northwest as a contact zone or as an integral part of a larger cross-border contact zone *has not materialized*” (p. xvi, mi énfasis). El autor tiene toda la razón al considerar que si se quiere estudiar la frontera, no como una línea, sino como una zona o región fronteriza, una zona híbrida y de contacto, es fundamental incluir también el lado mexicano. Sin embargo, aquí tal vez Irwin lo presenta de una manera demasiado blanquinegra y exagera algo al decir que en los estudios sobre la frontera no se ha enfocado el noroeste de México, como si hubiera ahí un gran vacío. Hay que reconocer que las universidades mexicanas ya han realizado investigaciones importantes en este campo, con menos medios por supuesto que la academia norteamericana, pero no menos interesantes o valiosas. Pienso, por ejemplo, en los coloquios internacionales que se organizan desde finales de los años noventa bajo el título de “La frontera: una nueva concepción cultural”, celebrados anualmente en universidades del norte de México como Mexicali, Ensenada (Baja California) y La Paz (Baja California Sur), pero también en Santa Fe de Bogotá (Colombia) y Mérida (Yucatán). Estas reuniones precisamente prestan atención a la cultura y la literatura del norte de México, en su contexto específico de la frontera con EE.UU. No obstante, Irwin especifica más adelante que es la academia norteamericana la que ha marginalizado el lado mexicano de la

frontera: “the great interest in understanding the borderlands of the U.S. Southwest has obscured the Mexican borderlands from scholarly inquiry in the U.S. academy” (p. 3). Entonces, desde esta perspectiva, el libro de Irwin es efectivamente renovador, porque él opta por un enfoque “transnacional” (p. xx) o “transamericano” (p. xxiv), desde su *locus* de la academia norteamericana.

En la introducción surgen aún otros temas muy interesantes, como por ejemplo el problema de la traducción, empezando ya con la palabra española “frontera” que, según el autor, puede ser traducida al inglés como *border*, *borderlands* o *frontier* (p. xiii). El primero, *border*, designa claramente una delimitación, los otros dos, en cambio, son términos más amplios que pueden referir a territorios extensos. El tema de la traducción vuelve a surgir varias veces en el texto, debido a las traducciones problemáticas de las versiones orales de los indígenas al inglés o al español. Así, por ejemplo, es muy difícil para los académicos norteamericanos o mexicanos captar y traducir las versiones orales de los seris de la historia de Lola Casanova (pp. 33, 134-136). El autor también dedica parte de su introducción a las diferencias entre los conceptos de “leyenda”, “mito” e “icono cultural”, y justifica claramente su opción por el último término por ser más amplio. El icono cultural puede incluir mitos y leyendas, es un término más “elástico” y puede tener diferentes significados en diferentes contextos. Iconos culturales no sólo son “caras famosas” sino que son personajes que reflejan los conflictos y las contradicciones de su propio tiempo (pp. xvii-xx).

El primer capítulo, titulado “The Other Borderlands”, constituye indudablemente una aportación teórica importante a los estudios sobre la frontera. Irwin hace un excelente análisis de cómo el noroeste de

México ha sido percibido en los diferentes estudios. Muy llamativo aquí es su examen perspicaz de la reciente tendencia posnacionalista en los estudios americanos. Según las definiciones ofrecidas por Irwin, el “posnacionalismo” en los estudios americanos tiene como objetivo ser menos “insular” y más internacionalista y comparativo. Aspira a revisar el nacionalismo cultural y a cuestionar la hegemonía de los EE.UU. Según Irwin, el campo de los estudios americanos responde claramente entonces al trabajo de teóricos chicanos de la frontera, que desafían los límites disciplinarios y lingüísticos de los estudios americanos. Sin embargo, Irwin se pregunta hasta qué grado estos nuevos estudios americanos posnacionalistas realmente van más allá de las fronteras de los EE.UU. Estudiar la población multiétnica de los EE.UU. no es lo mismo que ensanchar los estudios americanos más allá de las fronteras nacionales geopolíticas (p. 7). Si Irwin por un lado reconoce el gran trabajo de teóricos chicanos como Ramón Saldivar, por ejemplo, por otro lado, es muy duro en su crítica de Gloria Anzaldúa, escritora chicana de gran renombre. Irwin la critica hasta tres veces, no sólo porque en sus textos Anzaldúa ignora el lado mexicano de la frontera (en su larga lista de “tipos de la frontera” no incluye a los nortños), sino que reduce la cultura mexicana a clichés, y sigue el discurso nacionalista mexicano, que presenta el pasado azteca como el único pasado nacional (Coatlicue-Tonantzin), y la región fronteriza como el mítico Aztlán (pp. 11, 22, 27).

El segundo capítulo revisa las múltiples biografías del bandido Joaquín Murrieta, desde su infancia en Sonora, pasando por sus crímenes en Alta California hasta su supuesta decapitación. Según las leyendas, Murrieta siguió viviendo tranquilamente en Sonora. El tercer capí-

tulo analiza las historias de la criolla Lola Casanova, su cautiverio por los seris, indios “salvajes”, y su matrimonio con el Coyote Iguana. Es un estudio de los conflictos raciales en la sociedad sonoreña del siglo XIX, y del tema del mestizaje, que Irwin estudia en comparación con la historia de la Malinche. El cuarto capítulo, “Las Heroínas de Guaymas”, compara las diferentes versiones de la invasión del filibustero Gaston de Raousset Boulbon en Sonora. Irwin revela cómo un simple conflicto entre México y Francia se convierte en una representación compleja de la zona fronteriza. En el quinto capítulo, el autor sigue la vida extraordinaria de Teresa Urrea, la Santa de Cabora, de México a Estados Unidos.

Más que por el enfoque “transamericano” y “posnacional”, lo original del libro de Irwin está más bien en la selección de estos iconos culturales y en la presentación de éstos en su totalidad como representativos de muchos otros iconos culturales del noroeste de México. Es curioso que, aparte de Joaquín Murrieta y Teresa Urrea que cruzaron la frontera, los demás iconos no aparezcan en el imaginario de los mexicano-americanos (p. 265). Si son desconocidos para los chicanos, menos los conocerán los angloamericanos. Por otra parte, el discurso nacional mexicano, o bien se apropia de los iconos culturales de la periferia como si fueran “nacionales” (por ejemplo, Joaquín Murrieta), o bien los marginaliza totalmente porque pertenecen a una cultura “provinciana, anticuada y bárbara” (p. 267, mi traducción). Así que el gran mérito de Irwin consiste, no en haberlos sacado del olvido (porque siempre han estado en el imaginario del noroeste de México) sino en haberlos juntado en un solo análisis y haberlos estudiado desde múltiples perspectivas. Además, su enfoque es interdisciplinario ya que incluye la historiografía

(tanto escrita como oral), la literatura, el periodismo, el cine, y la música (en particular los corridos). Estos iconos se mueven constantemente entre la historia y la ficción. Sabemos que la producción literaria escrita en el noroeste de México casi no existía a finales del siglo XIX. Sin embargo, la inmensa popularidad de las leyendas de estos iconos culturales hizo posible que algunos de ellos (como Lola Casanova y Teresa Urrea) se convirtieran en protagonistas de novelas (p. XXII).

Finalmente, es preciso hacer una última observación. El autor señala el problema del poder del inglés en la academia, de la jerarquía de los idiomas en el contexto académico, en particular de la posición subordinada del español frente al inglés. Hasta nos habla de “a major Latin Americanist sellout of Latin America into the global market taking place primarily, if not exclusively, through the U.S. academy” (Moreiras, citado en Irwin, p. 23). Podemos añadir que existe también una academia europea que estudia temas de la frontera entre México y EE.UU. El propio Irwin optó por escribir su libro en inglés. Formando parte de la academia norteamericana, se entiende que escriba en inglés y que se dirija a un público lector norteamericano (e internacional). Paradójicamente, Irwin así confirma y refuerza una vez más el poder académico del inglés que, en sus propias palabras, ha sido como una “plaga” para el campo de los estudios latinoamericanos (p. 23). Sin embargo, siendo el área estudiada el noroeste de México, y tomando en cuenta que los propios mexicanos, en particular los del centro, tampoco conocen esta historia del norte del país, habría sido mejor, me parece, si Irwin hubiera escrito su libro en español. Así que abogo por una pronta traducción al español. Este libro excelente se lo merece.

An Van Hecke

Julie Lirot: *En busca de la identidad postmoderna. El mundo alucinante de Reinaldo Arenas*. Miami: Ediciones Universal (Col. Polymita) 2006. 76 páginas.

José Ismael Gutiérrez: *Reinaldo Arenas: entre el placer y el infierno*. Dover: Cursack Books 2007. 138 páginas.

“Reinaldo Arenas es uno de los escritores más importantes en la tradición literaria hispanoamericana, aunque ha sido poco reconocido” (p. 7). Con estas palabras, Julie Lirot, actualmente profesora en la Universidad Nova Southeastern, abre su librito. Si podemos estar de acuerdo con la primera parte de la frase, la segunda aparece totalmente inexacta. Las numerosas ediciones de todas las obras de Arenas, las traducciones a múltiples idiomas, la increíble bibliografía científica así como el entusiasmo que suscitó *Antes que anochezca* y la película que se hizo con ella, demuestran más bien todo lo contrario. Actualmente, se atribuye a Reinaldo Arenas el lugar que le corresponde en la literatura cubana, es decir uno de los primeros.

Esta inexactitud refleja lo que es su corto ensayo: una reflexión demasiado somera en torno a tres puntos claves de una de las novelas arenianas, *El mundo alucinante*. Además, las numerosas escorias tipográficas, los errores lingüísticos y la falta de referencias finales como, por ejemplo, la de Domanska (p. 20) no dejan de irritar al lector. En la primera parte, “Identidad y narrativa”, Julie Lirot presenta el concepto de narración predominante en *El mundo alucinante*, que cuestiona las estructuras tradicionales de la novela. En efecto, la novela es difícil de clasificar debido a la riqueza de técnicas y tradiciones literarias “lo cual se puede resolver al clasificarla como postmoderna” (p. 12). En una segunda parte, “Identi-

dad y muerte”, analiza la noción de muerte que influye profundamente en la estructura misma de la novela a ejemplo de la sexualidad, tema de su tercera parte, que cobra una importancia tanto social como política. Recordemos que una de las características básicas de la obra de Arenas es su cuestionamiento de todos los sistemas de poder.

El análisis de Julie Lirot presenta pocas novedades y saca pocas conclusiones –de hecho no hay ninguna conclusión general– con la excepción notable de la comparación de *El mundo alucinante* con *La vida es sueño*. Para la autora, la novela areniana puede aparecer como una actualización de la obra clave de Calderón, que se manifiesta por los múltiples engaños y alucinaciones que recorren la novela y sobre todo por la angustia que se desprende de las páginas, una angustia que “puede ser enmascarada mas nunca totalmente negada dado que reaparece subyacente siempre en todas las acciones humanas” (p. 14).

José Ismael Gutiérrez nos ofrece otro ensayo sobre la obra areniana: un ensayo, esta vez, novedoso, muy bien escrito y referenciado, que demuestra una lectura fina. En los ocho capítulos que conforman *Reinaldo Arenas: entre el placer y el infierno*, el autor, actualmente profesor de teoría de la literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, analiza sobre todo *Antes que anochezca*, pero cita una decena de otras obras principalmente narrativas que “repan el itinerario personal del novelista y algunos de los vectores que justifican su producción literaria [...] al mismo tiempo que indagan en los históricos conflictos [...] entre autoridad estatal y sexualidad disidente en el seno de la Cuba del período posrevolucionario” (pp. 12-13).

Particularmente aclarador en los ensayos de Gutiérrez es el repaso histórico de

las leyes castristas, que explican la homofobia cubana y las repercusiones en la obra de Reinaldo Arenas. La Revolución cubana no se acompañó de la puesta en tela de juicio de las ideas machistas que habían predominado antes en la medida en que el sujeto revolucionario ideal, este “hombre nuevo” deseado por Ernesto Guevara, debía mostrar una virilidad que se denegó a todos los homosexuales. Fue así como en 1962 el Ministerio del Interior ordenó la detención de los homosexuales ya que, como afirmó Fidel Castro durante un discurso público, la homosexualidad le aparecía como “gusanera de la Revolución”, unas palabras que vino a confirmar un discurso del 13 de marzo de 1963. Eso explica que la homosexualidad fuera el objeto de un programa de “reeducación” entre 1965 y 1968 con el encerramiento de los homosexuales en las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP). Durante una mesa redonda sobre la homosexualidad después de la experiencia de las UMAP, los participantes estuvieron conformes en decir que “la homosexualidad constituye una patología que trasciende los límites de la individualidad y pasa a constituir una patología social por el carácter antisocial que esta actividad conlleva en la mayoría de los casos”, que “la homosexualidad es una enfermedad compleja con graves repercusiones sociales” y que “el pueblo siempre rechazó al homosexual. Era el régimen capitalista el que propiciaba la corrupción donde el homosexual se desarrollaba”. Se retomaron dichas ideas en abril de 1971 durante el primer Congreso de Educación y Cultura y, entre las medidas tomadas, se decidió que “no es permisible que por medio de la calidad artística reconocidos homosexuales ganen influencias que incidan en la formación de nuestra juventud [...] los homosexuales no deben tener relación directa en la formación de nuestra

juventud desde una actividad artística o cultural [...] se debe evitar que ostenten una representación artística de nuestro país en el extranjero personas cuya moral no responda al prestigio de nuestra revolución”.

En otra parte, José Ismael Gutiérrez recuerda la radical oposición entre los profesores Paul Julian Smith y Stephen Wilkinson a propósito de *Conducta Improbia* (1983), el documental de Néstor Almendros y Orlando Jiménez Leal, en el que participó Arenas y que denuncia la ferocidad del sistema represivo castrista en contra de los homosexuales. En opinión de Gutiérrez, ambos universitarios caen en los mismos defectos al dejarse guiar demasiado por su subjetividad y opiniones políticas opuestas.

Interesante es también el recuerdo de que, desde el fin del siglo XIX, los europeos y los norteamericanos consideran “homosexual” al que tiene una relación sexual con una persona del mismo sexo. El comportamiento erótico y, sobre todo, la posición de cada persona durante el acto sexual son sutilezas que no se toman en cuenta a la hora de designar la identidad sexual de un individuo. Ahora bien, en América Latina en general y en Cuba en particular, este modelo euro-americano, fue importado recientemente y se asocia con las clases medias y altas, urbanas y cosmopolitas, integradas socialmente debido a su estatus económico apreciable, su situación cultural y racial. Asistimos pues hoy en día en las culturas latinoamericanas a cierta internacionalización que trasciende las ideologías locales, que desde luego no desaparecen totalmente. En Cuba se sigue haciendo una clara diferencia entre el “activo” y el “pasivo”. El hombre activo nunca pierde su masculinidad y siempre reivindica una identidad que, en Europa y en Estados Unidos, se llamaría heterosexual, pese a que manten-

ga relaciones sexuales con otros hombres. El propio Arenas reconocía que “el gobierno cubano no consideraba que los homosexuales activos fueran, en realidad, homosexuales”. Las novelas arenianas emplearon esta distinción como lo expresa, entre otros ejemplos, el capítulo en *Antes que anochezca* sobre “Las cuatro categorías de las locas”.

En sus ensayos, José Ismael Gutiérrez, se interesa también, como Julie Lirot, por el carácter híbrido de las obras de Arenas y enfoca parte de su análisis en el cuestionamiento entre ficción y realidad. Analiza asimismo las temáticas del encarcelamiento, de la enfermedad y del exilio. En fin, este estudio denso pese a su extensión se revela una verdadera radiografía de la obra areniana.

Nicolás Balutet

Rita Tejada: *El pesimismo en tres novelas dominicanas de la posguerra: De abril en adelante, Currículum (el síndrome de la visa) y La otra Penélope. Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press 2006. XIII, 164 páginas.*

Hace falta decir inmediatamente que este libro de Rita Tejada, del Luther College de Iowa, examinando tres novelas de distintos autores, originadas por la situación de posguerra en la República Dominicana, llena positivamente un vacío que mucho condiciona los conocimientos en torno a la creación literaria de este país del Caribe. En efecto, poco sabemos de él, sobre todo desde Europa, en cuanto a narrativa; más conocemos en cuanto a poesía, partiendo de la benemérita antología *Nueva poesía dominicana*, realizada por el también poeta Antonio Fernández Spen-

cer y publicada nada menos que en 1953, en Madrid, por “Cultura Hispánica”. El poeta más conocido fue durante mucho tiempo Manuel del Cabral, por su vigoroso poema *Compadre Mon*, autor también de una novela, *El Presidente negro*. Más jóvenes, el citado Fernández Spencer, Tomás Hernández Franco, Héctor Incháustegui Cabral, Miguel Fonseca, Abelardo Vicioso. En cuanto a narrativa tiene razón Isabel Zakrzewski Brown, en su prólogo, cuando afirma: “De la misma manera que había faltado una tradición novelística, apenas se han visto estudios comprensivos sobre la narrativa dominicana”. Por otra parte es imposible escribir sobre lo que no existe, o que corresponde sólo a ejercicios locales, por más fantasía y buena voluntad que uno tenga.

El gran narrador del siglo xx fue Juan Bosch, autor más de libros de cuentos que de novelas, escritos antes y durante el exilio. Hasta hace poco solamente el narrador y diplomático León David había logrado superar las fronteras de su país, pero en años más recientes otros autores se han ido imponiendo, con resonancia a veces más amplia que la local, entre ellos los autores de las tres novelas que Rita Tejada examina en su libro: *De abril en adelante, Currículum (el síndrome de la visa), La otra Penélope*, respectivamente obras de Marcio Veloz Maggiolo, Efraim Castillo y Andrés L. Mateo. Son tres novelas significativas por el afán de innovación estructural y estilístico y sobre todo por la reacción que representan, en lo positivo y lo negativo, ante la situación dominicana durante y después de la recurrente intervención y ocupación estadounidense y la guerra civil de 1965.

Desde estas novelas, dominadas por el pesimismo, aparece un país como perdido, en suspenso entre el orden negativo del trujillismo difunto y las tentativas de liberación y modernización, en pocas pala-

bras, de respiro. Las tres novelas son documentos apreciables de todo eso y quedan valederas sobre todo en cuanto examen de un estado de ánimo y de una realidad completamente negativa. En su libro, Rita Tejada pone todo su empeño, su entusiasmo y su evidente competencia crítica en investigar un sector “regional” que hacía falta dar a conocer dentro del panorama narrativo general de Hispanoamérica, tan rico en autores de extraordinario nivel, que han logrado imponerse en ámbito internacional, mientras la narrativa dominicana todavía no ha tenido esta oportunidad, o bien las cualidades, en cuanto a temática, para hacerlo.

De mucho interés son las entrevistas que la autora realiza con los tres novelistas, pues ahondan en los problemas nacionales, escasamente conocidos fuera del país, y en sus propias experiencias humanas y de artistas. Una amplia y puntual bibliografía cierra este volumen, sobremanera útil para el mejor conocimiento de la realidad artística de Santo Domingo.

Giuseppe Bellini

Sergio R. Franco (ed.): *José María Arguedas: hacia una poética migrante*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/Universidad de Pittsburgh (Serie Antonio Cornejo Polar) 2006. 402 páginas.

Misha Kokotovic: *The Colonial Divide in Peruvian Narrative. Social Conflict and Transculturation*. Brighton: Sussex Academic Press 2005. 296 páginas.

En un triángulo de intersecciones mutuas se encuentran Perú, la transculturación y José María Arguedas, bisagra o denominador común entre un ente territo-

rial (el Estado nacional) y un concepto abstracto (la desterritorialización migratoria). A estas tres zonas problemáticas se dedican dos libros, uno en inglés, el otro en castellano; uno individual, de un solo autor, el otro colectivo, de 19 autores diversos, de distintos países y culturas: Estados Unidos, Perú, Argentina, Gran Bretaña, México, España y Francia, por lo cual es al mismo tiempo más heterogéneo en cuanto a sus puntos de vista y los métodos empleados. En el primer texto, el de Misha Kokotovic, el enfoque central es el *colonial divide*, lo que separa a las culturas en el Perú a causa de sus estructuras poscoloniales; el otro, editado por Sergio R. Franco, va más bien dirigido hacia la función de “puente” de Arguedas, quien encarnó en su propia biografía el fenómeno transcultural por excelencia (en un doble sentido de la palabra). El volumen de Kokotovic, además, comprende la obra de varios autores peruanos, tales como Ciro Alegría, Alfredo Bryce Echenique, Julio Ramón Ribeyro, Manuel Scorza y Mario Vargas Llosa, aunque la atención central va dirigida hacia Arguedas.

El destinatario principal del libro de Kokotovic parece ser un público no demasiado versado en cultura y literatura peruanas, razón por la cual debe hacer explícitos muchos factores que a un *connaisseur* ya le son familiares, como el fondo político-social del Perú en el siglo xx o los argumentos de las novelas analizadas, que ocupan un amplio espacio. Por esto, puede servir como excelente panorama general de la literatura peruana del siglo xx, mirada desde el ángulo de los conceptos de transculturación y literatura heterogénea, tal como los desarrollaron teóricos como Fernando Ortiz, Ángel Rama o Antonio Cornejo Polar, en quienes se basa Kokotovic.

El lector ideal del libro editado por Franco se encontraría entre especialistas

arguedianos o estudiosos de la transculturalidad, quienes encontrarán muchos detalles nuevos, altamente interesantes incluso para los iniciados. Por otro lado, también presupone cierta actitud positiva hacia estos temas y el personaje central, ya que –sobre todo al principio– se puede registrar lo que llamaríamos una “retórica de admiración” hacia el novelista y etnólogo, fenecido por mano propia hace casi 20 años: se alaba su “genio literario” (p. 9), su “talento lingüístico fuera de lo común” (p. 10), para concluir que la suya era una “empresa triunfal, una de las más audaces en la literatura hispanoamericana” (p. 11), equiparable sólo a Rubén Darío, Jorge Luis Borges o César Vallejo.

Un punto importante que los dos libros tienen en común es que se pronuncian claramente en contra de una noción de ‘mestizaje’ o sincretismo, que sólo serviría a los intereses de los agentes de modernización y globalización, como gesto prematuro de “reconciliación” o eliminación de diferencias, una “síntesis no conflictiva” (Franco, p. 10), que tapanía los antagonismos existentes en una sociedad pluriétnica como el Perú. Los dos volúmenes centran su atención en los subalternos, sea su marginalidad motivada por cultura, lengua o clase social. Concentrándonos en matices de diferencias, se podría argüir que Franco tiene una noción algo más negativa de la transculturación, ya que ve en primer lugar el peligro de asimilación o aculturación de las culturas indígenas por el proceso de modernización, mientras que Kokotovic subraya el rol activo de los indígenas en el proceso de transformación, ya que a su vez contribuyen modificando a la cultura dominante de los blancos/costeños.

Pasemos ahora revista a los contenidos de los libros en cuestión: Kokotovic, después de una introducción teórica, dedica el primer capítulo a un análisis de *El*

mundo es ancho y ajeno y *Yawar fiesta*, las dos novelas publicadas en 1941. El segundo capítulo se centra en los artículos antropológicos de Arguedas de los años cincuenta y en *Los ríos profundos*, donde ve realizados dos modelos distintos: la integración pacífica o hibridización *versus* el modelo trágico del conflicto violento. El capítulo tres contrapone *Todas las sangres* a *Redoble por Rancas*, mientras que en el cuarto se pasa revista a la novela urbana, con autores como Salazar Bondy, Julio R. Ribeyro, Oswaldo Reynoso y Mario Vargas Llosa, concentrándose en un análisis de *Un mundo para Julius* y *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. El quinto y último capítulo estudia la actitud de Vargas Llosa respecto al fenómeno del “indio”, mostrando sobre todo el cambio de posición del escritor ante el fondo histórico de Sendero Luminoso y su propia campaña electoral en los años ochenta y noventa: “While he once believed in the compatibility of indigenous cultures with modernity and shared, to some degree, Arguedas’s dream of combining the best features of both, by the mid-1980s he had concluded that indigenous cultures were an obstacle to the achievement of a modernity modelled on that of Europe (in particular Switzerland and Thatcherite Britain), leading him eventually to dismiss Arguedas’s project as a backward-looking ‘archaic utopia’” (p. 167).

El libro editado por Sergio R. Franco, por su naturaleza polifacética, es algo más difícil de resumir, pero, *grosso modo*, da como resultado una línea de desarrollo bastante clara, como ya se insinúa desde el subtítulo “hacia una poética migrante”, mostrando cómo los conceptos de Arguedas evolucionan en el transcurso de su carrera como escritor y etnólogo, cómo en realidad, desde los años treinta hasta su suicidio en 1969, va adoptando varias poéticas diferentes y no se queda estanca-

do en una ideología indigenista o socialista, ni mucho menos arcaizante, tal como Vargas Llosa insinuó en su polémica.

El artículo de Estelle Tarica analiza la escritura fracturada y la voz bilingüe de Arguedas, contraponiendo una poética de “mistura” a una “poética de traducción” en *Yawar fiesta* y *Los ríos profundos*. Mishka Kokotovic intenta una “nueva lectura de *Yawar fiesta*” (p. 39), haciendo hincapié en que la cultura indígena puede ser fuente de una posible modernidad alternativa. (Este artículo corresponde casi literalmente al capítulo correspondiente de su libro en inglés.) Horacio Legrás interpreta *Yawar fiesta* como modelo dialéctico, en cuanto en él se realizan un pensar y sentir trágicos, en el intento de intermediar entre dos realidades antagónicas.

Julio Ortega designa a los migrantes en *El zorro...* como agentes de transformación en una “alegoría babélica” donde el lenguaje migratorio desempeña un papel primordial. Mabel Moraña pasa revista a la polémica entre Cortázar y Arguedas, en lo que ve como conflicto entre internacionalismo y regionalidad, exilio *versus* arraigo, entre un intelectual “nómada” cosmopolita y un escritor *in situ*. Catalina Ocampo opina que la línea divisoria entre las dos culturas pasa precisamente por el individuo José María Arguedas; él como hombre se ofrece como sacrificio que facilita el tránsito entre las sociedades. Aymará de Llano describe *El Sexto* como “submundo de reclusión en plena ciudad” (p. 160), que reproduce la multiplicidad de la sociedad peruana; menciona también las zonas de “borde” entre testimonio y ficción. También William Rowe opina, en su artículo breve, que la escritura tiene que “pasar por la muerte” (p. 168) en esa “soledad cósmica” de la poesía quechua y en Arguedas mismo. Fernando Rivera escribe sobre la triple traducción de esa poesía indígena

en la obra de Arguedas: del quechua al castellano, de lo oral a la escritura y de la canción popular al poema culto.

Tomás G. Escajadillo nos ofrece una reseña de *Las cartas de Arguedas* (1996), volumen que contiene el epistolario entre Arguedas y John V. Murra, junto a misivas a su psiquiatra, la doctora Lola Hoffmann. Isabelle Tauzin-Castellanos se ocupa de los presagios y las profecías contenidas en *Los ríos profundos*; llega a la conclusión de que la forma fragmentaria corresponde a la heterogeneidad básica de la novela. Helena Usandizaga investiga a las fuerzas del submundo en *Los ríos profundos* (*amaru, winku, layk'a, supay* o demonio) y la cosmovisión andina del espacio con su contraposición de arriba y abajo. Ciro A. Sandoval, en su análisis de *El Sexto*, percibe los “dos Perús” representados por un “Perú profundo” y un “Perú republicano, de posconquista y poscolonialismo” (pp. 248-49), reunidos en el espacio carcelario de la novela. Melisa Moore discute los malentendidos de la mesa redonda sobre *Todas las sangres* de 1965, donde los antropólogos le exigían a Arguedas un claro mensaje, una toma de posición, y no llegaron a comprender su concepto de dialogismo. Francisco Xavier Solé Zapatero se caracteriza por citas larguísimas con las que pretende ilustrar sus ideas, no siempre muy precisas, acerca de la “novela polifónica, dialógico-cronotópica, heterogéneo-transculturada” (p. 291) que cree ver en *Todas las sangres*.

Sergio R. Franco revela lo abyecto y los aspectos de feminización del indígena en “El sueño del pongo”, viendo el cuerpo como modelo de la sociedad. Anne Lambright observa “lo femenino” no sólo en los personajes del mundo novelesco de Arguedas, sino también en las marcas de “lo semiótico” (según Kristeva) en el lenguaje poético del autor peruano. Gracia María Morales Ortiz analiza diferentes

aspectos de la sexualidad y de la psicología infantil en *Amor mundo y todos los cuentos*. Mónica Bernabé demuestra cómo la labor de traductor de poesía y cuentos orales quechuas le llevó a Arguedas a la búsqueda de nuevas formas literarias para dar cabida a esos elementos heterogéneos.

Erna Pfeiffer

Adriana G. Culasso. *Geopolíticas de ficción. Espacio y sociedad en la novela argentina (1880-1920)*. Buenos Aires: Corregidor 2006. 220 páginas.

La tradicionalmente llamada “literatura del 80”, producida durante la década de 1880, en Argentina, ha sido objeto durante la última década de importantes abordajes para redefinir clichés críticos, muchos de los cuales ya habían sido establecidos por los juicios fundacionales de Ricardo Rojas en su *Historia de la literatura argentina* (1917-1922). De este modo, libros como: *El cuerpo del delito. Un manual* (1999), de Josefina Ludmer, *Las tensiones de los opuestos. Libros y autores de la literatura argentina del ‘80* (2004), de María Minellono, o *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres* (2004), de Alejandra Laera, problematizaron la pretendida homogeneidad ideológica y estética del período, profundizaron la mirada sobre los textos canónicos y los autores periféricos para complejizar el estudio de la literatura del período. El volumen de Adriana G. Culasso, producto de una tesis de doctorado en Washington University in St. Louis (EE.UU.), abreva precisamente en esta línea revisionista, aunque su estudio supera el corpus del ochenta argentino y avanza sobre la narrativa del siglo XX.

Dividido en una introducción, cinco

capítulos –ceñidos ante todo al estudio de textos canónicos– y unas breves conclusiones, el tomo analiza el problema de la representación literaria del espacio; en los tres primeros capítulos, focaliza en la ciudad de Buenos Aires, y en el suburbio porteño, y el interior del país, en los dos restantes.

El primer capítulo, “Domesticidad familiar e íconos nacionales: el espacio de la memoria en *La gran aldea* (1884)”, propone un estudio narratológico de los componentes de la novela de Lucio V. López, para indagar primordialmente el modo en que los diferentes lugares seleccionados de Buenos Aires (la casa, el balcón, la calle, la tienda, el teatro, el Club del Progreso), ponen en evidencia los dilemas de la modernización urbana finisecular. De esta manera, los choques entre modelos familiares tradicionales y emergentes, las transformaciones urbanas y la moda, que la novela escenifica mediante el recorrido de la historia por los circuitos ciudadanos de los sectores acomodados, dan cuenta del vacío patriarcal, el *horror vacui*, los discutibles nuevos roles femeninos y la nostalgia criolla debatidos por la elite porteña contemporánea.

Si en el texto de López importaba la diversidad de facetas que asumía Buenos Aires, desde la remembranza idealizada y la vorágine de la modernidad, en el capítulo siguiente, “Economía doméstica y genealogía familiar: espacio urbano y rural en *Sin rumbo* (1885)”, el análisis focaliza en la tensión establecida entre campo y ciudad. A partir del seguimiento del derrotero de Andrés, especialmente sus viajes entre Buenos Aires y el campo, la autora estudia las variables económicas que subyacen a estos tránsitos del protagonista, ceñidos al calendario y la lógica de las faenas agropecuarias. Por otra parte, los espacios de la urbe (la casa de la calle Caseros, el teatro, la calle, etc.) y la con-

tención final ofrecida por el mundo rural, en la novela de Eugenio Cambaceres, son interpretados como ámbitos complejos –analizados desde el concepto de “heterotopía” de Foucault–, que trasuntan una pluralidad que licua viejas aporías como la polarización civilización–barbarie, puesto que ambos “reúnen en sí características de la modernidad” (p. 74).

Continuando con la revisión de la cartografía de la novela argentina a fines del siglo XIX, el estudio de la preeminencia urbana, como “escenario [que] va cambiando y exponiendo las fallas estructurales de una sociedad y de un proyecto” (p. 95), revisa nuevas disyuntivas en “Arquitectura de un proyecto: cambios sociales y urbanos en el Buenos Aires de *La Bolsa* (1891)”. Los nuevos tipos sociales (los arribistas, los inmigrantes, los especuladores) se desplazan por los espacios seleccionados en la obra de Julián Martel, especialmente por la nueva “geografía del ocio” (p. 121) –la bolsa, el café, el paseo de Palermo, el hipódromo–, exhibiendo las contradicciones internas de la clase dirigente, que los pone bajo sospecha pues surgen como las irrupciones abyectas de un “Otro inferior”. La presencia de lo simbólico, especialmente en la representación de la bolsa y la ciudad como cuerpo social, articulan estrategias para trasladar a la literatura los conflictos del momento: la descomposición social, la crisis religiosa, el materialismo, la xenofobia, la disolución moral, que desestabilizaban el proyecto identitario impuesto, homogéneo y cohesivo, en la sociedad del ochenta.

Los dos restantes capítulos abordan parte del corpus narrativo de Manuel Gálvez. A partir del diagnóstico sobre la realidad nacional que realiza *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), la autora analiza la “propuesta contradiscursiva” (p. 135) de Gálvez en su proyecto ideológico–narrativo, iniciado con *La maestra normal*

(1914). La propuesta superadora del autor, fundada en una percepción reaccionaria frente al cosmopolitismo de la vida porteña, bendijo al interior del país como último reducto del “ser nacional”. Desde esta perspectiva condenatoria, ciertas alegorías sobre los espacios redefinen una polarización novedosa, donde Buenos Aires ocupa el lugar de “una hermosa prostituta” y el interior provinciano el de “la linda criollita”.

La idealización nacionalista del ámbito provinciano, funda para La Rioja, donde transcurre la historia de Raselda, una máscara construida con el molde orientalista del color local, en tanto prejuiciosa elaboración discursiva sustentada en las desigualdades hegemónicas existentes entre la capital y el interior. Aunque reducto de lo “primigenio” y de un paisaje “representativo”, la provincia evidencia los signos del atraso y los tráficos problemáticos con Buenos Aires; que facilitan “contaminaciones”, como las reproducciones en miniatura (el club capitalino en la confitería local), y escasos espacios “civilizadores”, como los “oasis institucionales” del Colegio y la Escuela Normal. Por otra parte, también el arrabal y sus espacios (frigoríficos, prostíbulos, villas miserias) son presentados, en *Nacha Regules* (1919) e *Historia de arrabal* (1922), como una inadecuación al proyecto nacionalista. En tanto espacio de conflicto, la periferia se estructura así como el lugar de los “desechos de la ciudad” (p. 195), donde impera el delito.

Para concluir, consideramos que este trabajo de Adriana G. Culasso constituye un aporte para repensar la representación espacial en la literatura, como estrategia digitada por diversos vectores (la memoria, los intereses de clase, el discurso identitario, etc.), que articulan, *mapean*, no sólo una topografía literaria sino que cristalizan, en la reconstrucción discursiva del

espacio, las dinámicas propias de los imaginarios sociales.

Carlos Hernán Sosa

Kate Jenckes: *Reading Borges after Benjamin. Allegory, Afterlife, and the Writing of History*. New York: State University of New York (SUNY series in Latin American and Iberian Thought and Culture) 2007. XVII, 165 páginas.

Kate Jenckes pretende con este libro explorar los puntos de resonancia entre Jorge Luis Borges y Walter Benjamin, aunque no se trata de sugerir una progresión lineal entre ambos ni de hablar de una influencia directa. El análisis se centra, en realidad, en el autor argentino, y las ideas de Benjamin intervienen para iluminar algunos aspectos de su obra, que han sido ignorados por la crítica hasta el momento al señalar las implicaciones éticas y políticas de sus consideraciones sobre la temporalidad y la vida.

La crítica sobre Borges, según Jenckes, lo acusó originalmente de ser un autor de la irrealidad, que escribía ignorando la historia. En los últimos veinte años, por el contrario, los estudios culturales trataron de situarlo en un contexto histórico y cultural. Las lecturas presentadas aquí subrayan, en su opinión, la íntima relación entre el lenguaje y la vida para deshacer la falsa oposición entre literatura e historia, que sigue siendo un rasgo predominante de la crítica cultural hoy en día.

Para su análisis, la autora se centra en los textos menos famosos y más marginales de la obra borgeana, que representan, a menudo de forma esquemática, cuestiones como la vida, la historia y la identidad. Los tres primeros capítulos, por tanto, se dedican, respectivamente, a los primeros

libros de poesía de Borges, a *Evaristo Carriego* y a la *Historia universal de la infamia*, junto a algunas de las discusiones más importantes de Benjamin acerca de la historia, la alegoría y la representación. El cuarto y último capítulo relaciona la obra de Borges con pensadores como Paul de Man y Jacques Derrida, fijándose en la forma en que la historia y la vida quizá pueden ser mejor entendidas a través del lenguaje.

En su interpretación de los primeros poemas de Borges, Jenckes nos ofrece una visión original al afirmar que, incluso si el poeta sueña con una vuelta a un sentido reconfortante del pasado o a una forma integral de identidad basada en él, tal como han señalado otros críticos, su poesía muestra una y otra vez que las piezas de ese pasado no encajan en un todo coherente. Sin embargo, aunque Borges se da cuenta de que no puede volver al pasado, éste tiene sus propias formas de retorno que no están sujetas a la voluntad, convirtiéndose así en un índice de una historicidad que interrumpe el sentido integral de la identidad, sentido basado en el presente y en una estructura lineal de la historia, que ignora el pasado y concibe el futuro como una extensión de sí misma.

Dado el reconocimiento por parte de Borges a partir de los años veinte de la imposibilidad de representar una vida coherente con el lenguaje, resulta a primera vista interesante el hecho de que llevara a cabo una biografía de Carriego, obra a la que se dedica el segundo capítulo de esta monografía. Pese a todo, *Evaristo Carriego* no pretende establecer la coherencia de la vida de este personaje, sino, más bien, trata las incoherencias y contingencias del sujeto biográfico y autobiográfico, cuestiona, por tanto, la misma idea de biografía.

La *Historia universal de la infamia* es el objeto de estudio del tercer capítulo, y Jenckes defiende en él la idea de que este

libro de Borges trata de la propia historia. Los relatos de este volumen se refieren alegóricamente, desde su punto de vista, a la narración de la historia y, sobre todo, a la historia que no puede ser reducida a su narración.

Finalmente, la autora concluye que tanto Borges como Benjamin comparten, de formas distintas, lo que puede llamarse una escritura del duelo, que deja espacio para lo incomprensible y trata de abrir el presente a lo que ambos denominan los secretos de la historia, secretos que incluirían, entre otras cosas, la absoluta incontestabilidad del futuro.

En resumen, podemos afirmar que *Reading Borges after Benjamin* presenta una lectura novedosa de los textos del escritor argentino, una lectura que, basándose en algunas de las obras menos conocidas y analizadas, se desmarca de la crítica tradicional para ofrecer una perspectiva algo diferente al afirmar, tal como hemos visto, que su escritura nos ofrece una representación alegórica de la historia.

Natalia González de la Llana Fernández